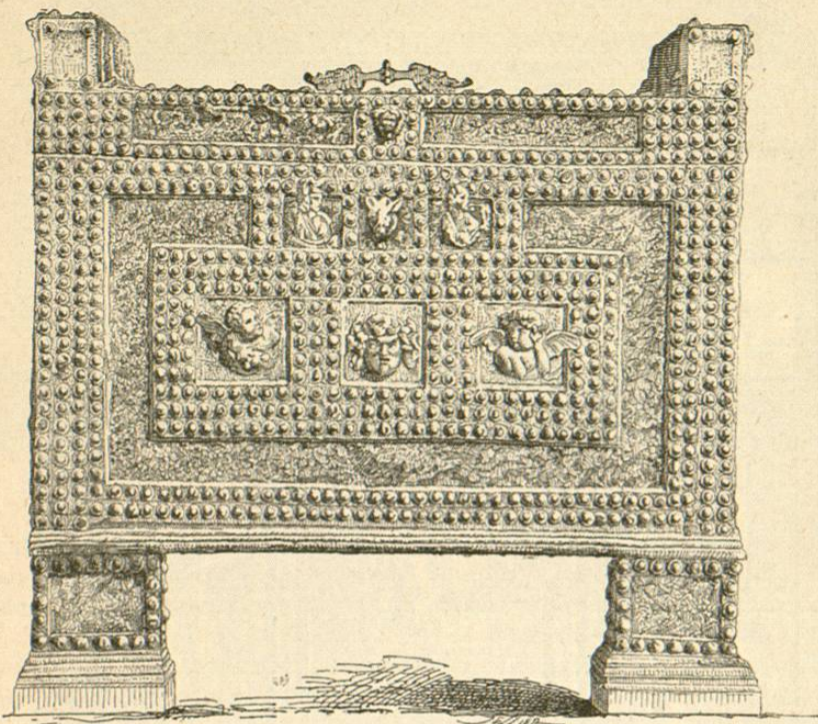


que nuestras familias de obreros rehusarían alojarse en ellas; y por sus angostas calles á cada paso cortadas por piedras de acera, no podían circular más que literas ó carros de mano. En Atenas, los cimientos de las casas antiguas son más pequeños aún, y la habitación de Livia en el Palatino, no se parece en nada á la mansión de una emperatriz. Plinio era rico: poseía villas á las puertas de Roma, en Toscana, en el Beneventino, y cerca de Como; una sola de sus tierras estaba arrendada en más de 400.000 sesteracios. Tenía además, según decía él mismo, algún dinero en el comercio. Así, á pesar de las larguezas hechas á su ciudad natal y á sus amigos, hallábase aún en estado de adquirir unos bienes en el Lacio por valor de tres millo-



Arca de hierro para caudales encontrada en Pompeya (Museo de Nápoles)

tos con vista al mar y á las montañas, donde se encuentra el sol en el otoño y el fresco en el verano y en todo tiempo la tranquilidad y el silencio.

Diráse pues: era un sabio. Sin duda; pero también un hombre semejante á muchos otros, que gozaba honradamente sus bienes, sabía hacer buen uso de ellos y desdeñaba los vulgares placeres de los pródigos, cuyo reinado, por otra parte, había ya pasado. Ya veremos cómo entonces pensaban y vivían muchos como Plinio.

Si se compararan aquellas casas con los palacios de nuestros industriales enriquecidos, se encontraría en éstos menos gusto probablemente, pero más lujo; y hay casas señoriales en Inglaterra con las que no podría compararse nunca la más magnífica y suntuosa de las villas romanas, por su extensión ni por su riqueza en obras de arte, en muebles preciosos, en argentería y plantas raras. También se han hecho en Inglaterra grandes esfuerzos para sacar partido del suelo y arrostrar el clima. En lo que atañe á los placeres y dulzuras de la vida, cierto que recibimos las lecciones de Roma; pero ¡cuánto no han superado á sus maestros los discípulos (1)!

Lo mismo hay que decir de la manía de los caballos:

(1) Un economista ha calculado que diez mil familias inglesas poseen á lo menos por valor de 500 libras esterlinas de argentería, y ciento cincuenta mil por valor de 100. Los romanos tenían mucho menos. En Pompeya hasta 1837 no se habían descubierto en las exca-

nes de sesteracios. Tenía, en fin, una mujer joven á quien amaba; era comensal del príncipe, y pertenecía por su clase, sus relaciones y su riqueza á la más alta sociedad romana: debía pues hacer en su casa la grande existencia de uno de los principales del imperio.

Ahora bien, Plinio nos ha dejado minuciosa descripción de sus dos villas, la del Laurentino á orillas de la mar, y la del Tíberno en el alto valle del Tíber. Todo se encuentra en ellas para la comodidad, nada para el lujo, á no ser el de la naturaleza. No enumera sus bronceos corintios, sus cuadros, sus estatuas, imitaciones de las obras maestras de la Grecia; ni habla de las telas preciosas y adornos de Calpurnia; sino de la buena disposición de los aposen-

algunos fueron tan célebres en Roma como nuestros vencedores de Longchamp, y se vendían igualmente caros. Calígula quiso engalanar su caballo *Incitatus* con las insignias consulares, y la popularidad de Marcial en sus mejores días de favor público quedó eclipsada por la del corcel de Andremón.

Las locuras de nuestros hipódromos corren parejas con las del circo romano, y todavía las superan porque las apuestas son más numerosas y fuertes en Longchamp y en Epsom que lo fueron jamás en Roma ó en Antioquía. En la Pulla, la Calabria, Sicilia y Capadocia, se destinaban muchos y vastos prados á la cría de caballos, producto que se colocaba siempre bien, porque viajeros y negociantes, los ricos y los que ansiaban llegar á serlo, que no eran pocos, todos necesitaban caballos para su recreo ó para sus negocios.

Los caballos obtenidos del cruzamiento de la raza española y la africana tenían entonces mucha estimación pasando por los mejores del imperio, y los marchantes de Antioquía los compraban á subido precio á orillas del Tajo y del Guadalquivir. Nosotros los hacemos venir del Nedjed, que está más lejos y es más difícil.

Hacíase la genealogía de los héroes del circo; pero nos-

vaciones más que un centenar de objetos de plata (Becker, *Gallus*, II, 322). Verdad es que muchos habitantes hubieron de volver por lo más precioso que tenían.

otros también tenemos el *Stud-book* bajo la vigilancia del gobierno. Prescindiendo de los apostadores y de los elegantes para los que el estadio no es sino un campo de maniobras, estamos en que nuestros ciento veinte hipódromos constituyen una institución utilísima. ¿Por qué se ha de vituperar tan vivamente en los antiguos lo mismo que aprobamos entre nosotros?

Condenamos por una y otra parte los excesos, los escándalos, el dinero inútilmente gastado; pero aceptamos lo demás.

III.—LAS PEQUEÑAS INDUSTRIAS Y LAS FORTUNAS PEQUEÑAS

En una cosa somos felizmente inferiores á los antiguos: tenemos pocos sirvientes, mientras ellos tenían muchos.



Herrero



Herrero

Así, la mujer de Apuleyo, cuyo caudal no era cosa extraordinaria (4 millones de sesteracios), poseía bastantes para poder hacer á los hijos de su primer matrimonio un regalo nupcial de 400 esclavos (1).

Los varios servicios de la casa y á menudo los de la quinta corrían á cargo de los esclavos. Pero habiendo ampliado la industria la esfera del trabajo y habiéndose también multiplicado los medios de adquirir en razón de las necesidades que se habían producido, los propietarios de esclavos creyeron ventajoso interesarlos en aumentar el rendimiento de la tierra y en hacer competencia á los operarios libres. De aquí aquellos colonos que tenían derecho á una parte de las cosechas, y aquellos esclavos metidos en los negocios de industria y de comercio á medias con sus amos. Los peculios reunidos en estos trabajos determinaban muchas emancipaciones, y como los libertos eran los más inteligentes de los esclavos, muchos de ellos llegaban de la libertad al bienestar, y algunos del bienestar á la fortuna.

(1) Este número revela que eran esclavos de poco valor. Jenofonte ponía un esclavo ordinario á mina y media ó dos minas (unos 150 frs.). Los soldados romanos fueron rescatados por los aqueos á razón de cinco minas (unos 460 frs.) y Papiniano, en tiempo de Sept. Severo, estableció el precio corriente de un esclavo á razón de veinte áureos. La indemnización concedida por Inglaterra en 1834, para la emancipación de los esclavos, fué por término medio de 635 francos. Francia á su vez dió en 1848 para la manumisión de los esclavos de la Martinica 425 francos, para los de Guadalupe 470, para los del Senegal 210, para los de Nossibé 70; por término medio general 530 francos. Estas indemnizaciones eran muy inferiores al precio corriente. Pero, como se ve, el precio de la carne humana en las dos épocas era poco más ó menos el mismo.

Cierto que no todos iban tan lejos como Narciso; pero muchos adquirirían bastante para formar en las ciudades una clase, cuya importancia hizo constar el fisco imponiéndole un tributo particular, el *vectigal artium*.

A las grandes fortunas correspondían las grandes tierras, otro de los asuntos de las declamaciones filosóficas. Los antiguos celebraban siempre las siete arpentas de Curio y de Fabricio y tenían razón sobrada: en el tiempo en que desde lo alto del Capitolio se veía la frontera enemiga, la medianía de las haciendas era la garantía de la libertad y un medio de salud. Pero cuando Roma vino á ser un mundo; cuando la clase de los pequeños cultivadores del Lacio se gastó en la guerra; cuando gracias á los lucros de la victoria y del pillaje, pudieron los caudillos adquirir vastos dominios; cuando desarrollados á la sombra de la paz, en el seno de aquel inmenso imperio, abrieron á la fortuna nuevas fuentes el comercio y la industria; entonces, hecha en breve tiempo la revolución económica, produjo perturbaciones políticas y sociales que dieron lugar á que patriotas y filósofos condenaran la riqueza en todas sus formas.

Plinio el Antiguo exclamó: «Las grandes propiedades (*latifundia*) han perdido á Italia y muy en breve habrán perdido también las provincias.»

Pero la agricultura italiana, que conocía ya la irrigación (2), procuraba en aquel tiempo apropiarse las conquistas agrícolas hechas en otros climas. Solamente los ricos tenían los medios necesarios para correr los riesgos y soportar los gastos de tales experimentos; de modo que la gran propiedad, mala en la época de las costumbres sencillas, y más tarde, consecuencia forzosa de la conquista del mundo, había acabado por venir á ser una necesidad en las nuevas condiciones sociales.

La agricultura francesa estaría en peligro si los beneficios de la industria no reconstituyeran entre nosotros la gran propiedad, á proporción que la destruye el código civil. Fuera de esto, se encuentra en este punto la exageración habitual. Séneca que de un lago hace un mar, no



Pintor de habitaciones

vacila en hacer de una alquería un reino. Ahora bien, las grandes propiedades no eran más numerosas que los grandes capitales. Los parques más vastos, con cerca de tapia, que conoció Varrón, tenían de 10 á 13 hectáreas de superficie, y se encuentran muchos, aun en Francia, más considerables. En Escocia, que desde hace un siglo, ha aumentado en un décuplo su riqueza, veintiséis propietarios poseen

(2) Virgilio habla de esto:
Claudite jam rivos, pueri, sat prata biberunt.

2.222.255 hectáreas, de una renta anual de 33.000.000 de francos (1).

A las puertas de Roma las pequeñas propiedades eran menos raras acaso que lo son ahora. En el término de Ceres poseía un labrador 14 yugadas (*jugera*) ó 3 hectáreas 54 áreas: Marcial lo



Oficio desconocido



Calzador



Arquitecto

no revela una gran concentración de propiedades. Finalmente los grandes dominios, *latifundia*, no estaban siempre cultivados por manos serviles. Plinio el Joven daba sus tierras en arrendamiento y Columela aconsejaba el empleo de colonos libres.

Se discute sobre el imperio, partiendo de la hipótesis de que el trabajo servil lo hacía todo en él, y en efecto había sucedido así, poco más ó menos, en la época en que la guerra llenaba de cautivos á Roma y á Italia; en que tenía Craso por sí solo hasta veinte mil esclavos, que alquilaba á todos los contratistas y empresarios para todos los oficios y trabajos. Pero la guerra no alimentaba ya este comercio desde que las legiones se limitaban á guardar las



Tonelero



Vendedor de fruta

fronteras, y las bajas que hacían en la población esclava la mortalidad y las manumisiones difícilmente se cubrían con los nacimientos serviles, la trata, la exposición, el rapto ó venta de niños.

Quedaba pues á los artesanos libres amplio lugar en el campo del trabajo, y este lugar se ensanchaba diariamente

(1) Sólo el duque de Sutherland tiene 482.876 hectáreas, la extensión media de un departamento francés y una 7.^a parte de la superficie del Reino Unido; 4.703.120 hectáreas están en manos de 90 propietarios (*Econ. franç.* 23 mayo 1874 y 7 set. 1879).

llama el más rico cultivador de la comarca y debía parecerle así al poeta, que, como otros, tenía una propiedad de la cual decía: «En mi tierra no cabe nadie más que yo.»

En Veleya cuarenta y seis propietarios, acaso los más ricos del país, tenían bienes que por término medio valían de 70 á 80.000 francos; lo cual

á proporción que se desarrollaban las industrias del vestido, de los géneros alimenticios, de la construcción, de los objetos de arte y del inmenso comercio que tenía que transportar y vender las mercancías del universo.

San Pablo quería que el obispo y los sacerdotes ejercieran un oficio honrado; y cuando Dion Crisóstomo huyó de Roma, sin más bienes que el *Phedon* de Platón y una arenga de Demóstenes, pudo llegar á la extrema frontera del imperio, viviendo á lo largo del camino del trabajo de sus manos en las granjas del campo ó en los jardines de las ciudades. De esta manera los grandes dispendios que arruinaban las casas de los patricios recaían en lluvia de oro sobre el operario y llenaban las arcas del negociante.

Ya antes del imperio indicaba á los pequeños propietarios Varrón las ventajas que encontrarían en establecer «jardines en los afueras de las ciudades, donde se vendieran á peso de oro las flores y las frutas.» En prueba de lo que se podía hacer con pocos recursos, pero con industria, les pone el ejemplo de dos antiguos soldados, dos hermanos, poseedores de una casita en medio de un palmo de tierra que habían cubierto de plantas apetecidas de las abejas y establecido colmenas, de cuya miel sacaban por término medio diez mil sestercios anuales (2).

En las ciudades daban á los pobres trabajo y pan mil industrias necesarias á los ricos, los cuales no encontraban entre los esclavos los operarios especiales que exigían. El barbero de Juvenal pudo ganar lo suficiente para comprar campos y casas, y Marcial vió cómo un zapatero llegó á la fortuna á que no pudo él llegar.

Vese, pues, cómo á fuerza de economía, de habilidad y de felices circunstancias, podían gentes humildes elevarse sobre su condición y de estas gentes había gran número, entonces, como ahora. Cuando Domiciano hizo quitar de las calles los puestos portátiles que las embarazaban, exclamó Marcial: «Roma es, en fin, Roma; antes no era más que una inmensa tienda.» Y el ejemplo de Pompeya prueba que lo mismo sucedía en las ciudades pequeñas.

Con su millón y medio de habitantes, ofrecía Roma los mismos fenómenos sociales que nuestras ciudades moder-

(2) *De Re rust.* III, 16, 10. El campo tenía la extensión de media arpena ó yugada. Los antiguos suplían con miel el azúcar.

nas: por encima de los pequeños industriales, los grandes; no lejos de los tabucos en que estaban establecidos los unos, los espléndidos almacenes en que reinaban los otros: nuestro mercado del

Temple en todas las calles; el *bulevar* de los Italianos á lo largo de la vía *Sacra*, en los *Septa* del Campo de Marte y en el arrabal Toscano; aquí palacios, allá antiguas cortes de los milagros. En fin, la lucha por la existencia, ardientemente empeñada de abajo arriba, y entonces como ahora, acabando á veces los pequeños por comerse á los grandes, el pobre por devorar al rico, el laborioso, hábil y económico por triunfar de la riqueza ociosa y pródiga.

La literatura oficial, es decir la de la alta sociedad, la única que ha llegado á nosotros, vivía de los lugares comunes del pasado, y sin ver nada de aquella gran labor, continuaba desdeñando á los trabajadores, salvo Dion Crisóstomo, que ponía á un operario útil por encima de un retórico gárrulo y reluciente (1). Pero inscripciones, muestras ó rótulos de almacén, restos á veces informes y sin embargo significativos, cosas todas desdeñadas por la historia, atestiguan esta transformación: la sociedad agrícola de Catón el Antiguo viniendo á ser la sociedad industrial del imperio. No era menos que una revolución económica y por consiguiente social, que como ya hemos demostrado, modificó profundamente la ley civil.

La misma revolución se producía en todas las provincias. Consúltense en el museo de San Germán los numerosos monumentos funerarios de hombres de oficio que han dejado ya á descubierto solamente las excavaciones de la Galia; monumentos que atestiguan dos hechos: el bienestar de los industriales bastante ricos para construirse costosos sepulcros, y la altivez de los representantes del trabajo libre, que lejos de ocultar su condición, quieren que se les vea después de muertos con la herramienta que manejaban en vida. Aquellos hombres tenían con toda evidencia el orgullo de su profesión, y si lo tenían era indudablemente porque sus conciudadanos encontraban legítima esta altivez.

El lujo no es en sí cosa vituperable: cuando es moderado y de buen gusto, denota en los que lo tienen una elegancia de espíritu que revela otras buenas cualidades. Algunas de las bellas pinturas de Pompeya, no dan mala opinión de los que las encomendaran; ni desplace encontrar en la casa de Livia aquellos adornos tan elegantes como discretos, que hacen pensar en una vida bien ordenada.

(1) *Orat. VII.* También se encontrarán en Séneca, Estacio, Luciano y otros más de un pasaje en que se honra el trabajo; pero sólo de paso, á la ligera. Mientras subsistió la esclavitud, las ideas de los letrados debían ser contrarias á la rehabilitación del trabajo.



Batanero

Platón lo ha dicho: «La belleza tiene una virtud benéfica.» El lujo de orden inferior, el que arrastra á gastos locos y estériles ó se dirige al fondo más turbio de nuestra naturaleza, á los apetitos sensuales y vulgares, ese es el lujo que debe proibirse. En la época de los Césares estaba en todo su auge y no queremos rehabilitarlo: exaltaba las pasiones que conviene contener, y si no hubiera de tenerse más que este, más valdría pasarse sin el otro. Por desgracia, van en compañía, y por eso los condena la filosofía á los dos. La historia que conoce mejor las condiciones verdaderas de las sociedades, se limita á condenar el abuso y á mostrar que por una justa ley de expiación, las riquezas mal adquiridas se van pronto disipadas por los hijos de los despojadores. La miseria de Hortalo, la desesperación de Apicio, la muerte de tantos personajes que, como Vitelio, fueron á las gemonias á acabar la orgía comenzada en los palacios, le inspira poca compasión. Estas desgracias individuales, aun le parecen compensadas por el alivio de tantos millones de hombres, por el advenimiento de una nueva nobleza cuyos oradores son Tácito y Plinio, cuyos generales Virginio Rufo y Agrícola, cuyos emperadores Trajano y Adriano.

IV. — LUJO DE LOS TRABAJOS PÚBLICOS. — TEATROS Y ANFITEATROS

Hay que hacer otra reserva, cuando se habla de las prodigalidades de los romanos, y es que una parte de las riquezas del Estado y de los particulares se empleó en construcciones que servían, no como Versalles, el orgullo del príncipe, ó como los castillos de nuestros antiguos señores, la vanidad de una casta, sino los intereses generales del imperio, como los caminos, los puentes, los puertos, los arsenales, etc.; ó las creencias, las aficiones y el bienestar de la multitud, como los templos y las basílicas, las termas y los pórticos, los circos y los teatros.

Los antiguos nombres subsistentes siempre en Roma y en las ciudades provinciales, de república y pueblo sobe-

rano, obligaban al príncipe á orillas del Tíber y á los ricos en sus municipios á pagar á los pobres en liberalidades de todas clases la deuda de su poder, de sus dignidades y honores. Augusto dió el ejemplo. Se recordará que se jactaba de haber hecho de Roma una ciudad de mármol, y el más económico de los emperadores, Vespasiano, no se espantó, ni mucho menos, del enorme gasto que supone el gigantesco edificio, llamado por los romanos *el Coloso*. Aun entre los malos príncipes, hubo pocos que no dejaran alguna construcción emprendida con la mira de la utilidad pública. ¿Qué capital moderna ha puesto al servicio gratuito de la multitud, monumentos comparables con el teatro de Marcelo, con las termas de Caracalla, el coliseo de Vespasiano, aquellos pórticos en que se paseaba al aire libre y sin embargo á cubierto del sol y de la lluvia, teniendo á la vista en espacio de muchos kilómetros las obras maestras de la Grecia?

Si se exceptúa lo que en estos últimos años se ha hecho



Pajarero